



Cómo hablar hoy de salvación

De salvación se habló mucho en nuestras iglesias en el pasado. A veces se hablaba de manera alarmista o folclórica. Y sobre todo se hablaba como si la cuestión sólo tuviera que ver con el «más allá». Hoy parece como si de este y otros temas similares hablasen mucho las sectas. Y, sin embargo, los cristianos tenemos una respuesta seria y llena de sentido que dar a la eterna pregunta por la salvación. Ahora bien, esta respuesta no puede ofrecerse en términos dualistas de «más allá» y «más acá», sino que debe integrar todas las dimensiones de la persona en un proyecto de felicidad estable y completa, que comienza ya en el aquí y el ahora. En esta línea pretende responder el presente artículo a la pregunta de qué es eso de salvarse.

Martín Gelabert*

Indefinición de la salvación

LA palabra salvación parece evocar temas como felicidad, vida en plenitud, bienestar, salud, liberación, salida

* Dominico. Decano de la Facultad de Teología de Valencia.

de un peligro, alegría; los cristianos suelen intercambiarla con reino de Dios, cielo, vida con Dios, vida eterna. En esta palabra proyectamos nuestras expectativas más positivas. Quizás por eso es difícil de definir, pues cada uno tiene sus propias expectativas, condicionadas por la vida que ha llevado, los fracasos que ha vivido, las alegrías que ha tenido, las victorias que ha conseguido, los amores que ha deseado. Además, definir es contornear, poner límites, y la salvación orienta a la superación de todos los límites.

En este asunto de la salvación, resulta más fácil decir lo que no es que lo que es. San Agustín decía que «es una la voluntad de todos en conquistar y retener la felicidad», aunque son muchas las respuestas que se dan a este deseo. En otras palabras, el deseo de salvación es universal, pero las propuestas de salvación son plurales. Lo que significa que la conciencia de la salvación es una «conciencia negativa», pues el hombre sabe lo que no quiere, pero no encuentra respuesta satisfactoria para lo que quiere. Cualquier realización positiva está siempre marcada por unos límites que la tornan provisional, incompleta y perecedera. De ahí que las intuiciones de una salvación segura, definitiva, perfecta y válida para todos se expresan en términos negativos, en parábolas y visiones: un mundo donde reine la justicia y el amor, un mundo «sin lágrimas», «sin mal», «sin dolor». Incluso expresiones tales como «salvarse consiste en la divinización del hombre» o en «realizarse como persona» no son sino imágenes abiertas de una realidad que se nos escapa, pues tampoco sabemos qué significa exactamente el ser de Dios o el ser humano.

Dos consideraciones —una antropológica y otra teológica— explican por qué no es posible definir en términos positivos qué es en último término la salvación del hombre. Por una parte, la apertura espiritual humana, sus insaciables deseos de amor y de bien, su capacidad siempre renovada de verdad o de belleza. En los animales, el hambre de alimento, de compañía, de protección, cesa tan pronto ha sido satisfecha. En el hombre siempre permanece, demandando más, dando rodeos para calmarse con fórmulas distintas, con un nuevo adónde y para qué. Un hombre saciado es una contradicción: siempre estamos ávidos de nuevas cosas, estamos incompletos como ningún otro ser vivo. Desde esta perspectiva no es posible ofrecer una definición positiva y completa de lo que pudiera ser la plenitud humana. Si además consideramos la absoluta libertad de Dios, en cuanto Dios de los hombres, un Dios cuya gloria consiste en la felicidad del hombre, tampoco podemos definir qué es lo

que Dios tiene preparado para los que le aman. Cualquier definición positiva corre el riesgo de sonar a megalomanía humana o de reducir las posibilidades de Dios (1).

Salvación en la historia

TODO esto no significa que la salvación sea una realidad que no es de este mundo y que sólo podremos conocer en un hipotético mundo futuro que Dios nos tendría preparado. Menos aún significa que la salvación sea algo que nos invada desde fuera, al margen de lo que los hombres hacemos en la historia. Pues, por una parte, es posible alcanzar en este mundo fragmentos y anticipaciones parciales de la salvación y, por otra, la salvación definitiva (algunos la llaman «cielo») adquiere una figura a partir de lo que los hombres hacen en este mundo «conservando el amor fraterno» (Heb 13, 1).

Es posible conseguir en este mundo fragmentos parciales de salvación. Cuando los cristianos afirmamos que sólo en Dios está la salvación definitiva, no negamos por eso la bondad de la creación. Tomás de Aquino, en diferentes momentos de su carrera intelectual, se preguntó dónde estaba la felicidad. Tras examinar si se encuentra en las riquezas, en el honor, en la fama, en el poder, en el placer, en el saber, etc., responde que en todo esto no se encuentra la felicidad «perfecta y última», no que ahí no se encuentre ninguna felicidad. Estas cosas no son malas de por sí; lo que ocurre es que ellas ofrecen felicidades incompletas, o son apetecidas en función de otra cosa, no en función de sí mismas. Podríamos incluso ir más lejos y decir: todos los bienes de este mundo, incluida la amistad, se pervierten cuando uno quiere reservárselos sólo para sí, pues están en función de los demás. Y cuando uno los comparte adquieren una dimensión nueva, fuente de gozo y felicidad para quien los recibe y sobre todo para quien los da. Afirmar que sólo Dios «colma de bienes los anhelos del hombre» (Sal 103, 5), como hace Tomás de Aquino, es reconocer la limitación de lo bienes creados, no su maldad. Y es también situarlos en la dimensión que les corresponde y que los hace buenos del todo: la dimensión divina, que es lo mismo que decir, la dimensión fraterna.

(1) Cf. E. Schillebeeckx: *Cristo y los cristianos. Gracia y liberación*. Cristiandad, Madrid, 1982, 776.

Si únicamente Dios colma de bienes tus anhelos, eso significa que sólo situando en la dimensión divina los bienes de este mundo, pueden llenarte de gozo y alegría. Y situar en dimensión divina es situar en dimensión fraterna, pues Dios, en este mundo, se nos hace presente a través de mediaciones (o sea, a través del mundo creado, de los acontecimientos de la historia personal y colectiva y, sobre todo, del prójimo). En estas mediaciones en las que Dios se hace presente tiene que ser posible encontrar esta felicidad que él tiene preparada para todos y que otorga ya a los que, de un modo u otro, se encuentran con él y en la medida en que se encuentran con él, aunque esta medida no esté determinada por el grado de conciencia que uno tiene de este encuentro. Así, cuando uno se niega a hundirse bajo el peso de sus fracasos, cuando busca sentido para su vida, cuando no se deja llevar por la ambición del poder que pisotea al débil, cuando pasamos por la vida haciendo el bien, cuando levantamos al otro de su opresión, cuando uno no se convierte en un lobo para el otro, en definitiva, cuando somos capaces de amarnos y de amar, estamos viviendo, aun sin saberlo, la salvación. En Jesús de Nazaret, los cristianos han encontrado un proyecto y un modelo de lo que pudiera ser una vida «salvada», una vida que pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el mal.

Todos estos fragmentos parciales de salvación se convierten además en una figura de lo que puede ser una salvación definitiva. Así lo atestigua la misma Escritura: El Reino de los cielos se parece a (es importante este «se parece a») un hombre que perdona a quien no le paga lo que le debe, a un pastor que busca la oveja perdida, a un propietario que ofrece sueldo abundante a quien no se lo ha ganado, a un padre que acoge al hijo que ha malgastado la herencia; en suma, el Reino preparado por Dios para nosotros (Mt 25, 34) está reservado a los que crearon en este mundo unas condiciones que hicieron posible la paz, la reconciliación y la fraternidad. Dicho de otro modo, a los que crearon una situación que, de algún modo, pudiera simbolizar lo que es la salvación de Dios: «tuve hambre, y me disteis de comer, tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel y vinisteis a verme» (Mt 25, 35-36).

Simbolizar significa «vivir ya» y hacer presente de alguna manera aquel más allá al que apunta el símbolo. El símbolo implica realidad. Por eso, las parábolas de Jesús que simbolizan el reino de Dios (el reino «se parece a»), más que orientar a un más allá nos invitan a transformar hoy y

aquí la vida, a relacionarnos de otra manera con los demás, a entender que la voluntad de Dios no es el cumplimiento de una ley, sino la gracia y la misericordia con el pequeño. Cuando escucho correctamente las parábolas del buen samaritano o del hijo pródigo, surge inmediatamente una interpelación para mí: ¿voy a seguir con mi rutina y mi ritmo egoísta de todos los días, o voy a transformar mi vida cotidiana de modo que se convierta en el símbolo que las parábolas describen? Si es así, ya vivo la salvación y además apunto a una plenitud, que ya tengo aunque no totalmente. Pues sólo creando situaciones como éstas es posible señalar, siquiera sea desde la lejanía, lo que puede ser la salvación definitiva. Ahí encontramos una parábola de la salvación. Y si no hay parábola que contar y que mostrar, nadie entenderá qué significa eso de la salvación.

Una relación no dualista entre el «más allá» y el «más acá»

EN la cuestión de la salvación las divisiones entre más acá y más allá, sagrado y profano, Dios y hombre, redención y liberación, pueden resultar mortales. La salvación tiene que ver con todas las dimensiones de lo humano, pues todas ellas conforman la única realidad del ser humano. Si bien es posible distinguir en el hombre una dimensión «secular» y otra dimensión «religiosa», no es posible separarlas y, menos aún, oponerlas. Ambas están íntimamente compenetradas. Esto nos permite comprender que el destino del hombre se juega en su actual realidad terrena, aunque no se limite a ella.

Hemos afirmado que es posible alcanzar en este mundo fragmentos de salvación. Esto significa que el camino del hombre en la tierra no es una simple preparación para un «más allá» llamado cielo, sino el lugar en el que se puede ya vivir una salvación que el cristiano espera continuar en el cielo de forma estable, plena y segura. De lo contrario la religión se convierte en un consuelo para fracasados y la salvación en un producto de reemplazamiento o en un sucedáneo de los bienes terrenos que no se poseen. Parecen, pues, acertadas estas palabras: «el bienestar del hombre en la ciudad terrena no es algo puramente provisional. La ciudad terrena es... como una arena en la que se forja el último destino del hombre. Y esto es así, tanto si se niega el más allá como si se afirma... Si uno no cree en otra vida, su realización en la tierra se convierte en lo último y definiti-

vo, esto es, en asunto religioso; si uno cree en otra vida, el gozar de ella en el cielo dependerá de lo que uno haya sido en la tierra» (2). Nótese que el texto citado no dice: de lo que uno haya hecho en la tierra; sino: de lo que uno haya sido. En este matiz está la clave de lo que afirmamos: este mundo no es únicamente lugar de méritos o deméritos; en este mundo se anticipa ya la salvación.

Esto significa que las claves o asuntos políticos no son por ello menos religiosos, y que las claves o asuntos religiosos no son por ello menos políticos. Lo auténticamente religioso promueve los valores humanos, y lo verdaderamente humano tiene sed de eternidad (pues quiere permanecer para siempre) y está abierto a un «más humano todavía» (que el creyente sabe que sólo en Dios puede alcanzarse).

Aunque no sean idénticos, los valores superiores o religiosos son inseparables del pan (trabajo, dignidad, instrucción). Como muy bien dijo el cardenal J. Ratzinger «es un error mortal separar ambas cosas hasta oponerlas entre sí» (3). La falta de justicia es una amenaza para la salvación: para la salvación del poderoso si no cumple con la justicia; pero también para la salvación del oprimido, que suele empezar por rebelarse y acaba por desesperarse cuando «se da cuenta de que la miseria lo ha destruido; de que ya no es capaz de reacciones humanas; de que le faltan conocimientos, virtudes y hábitos para reaccionar debidamente; de que es muy cierto que la opresión lo ha embrutecido y que ya no desea ni siquiera su liberación, puesto que apenas sabe lo que es: le ha perdido el gusto a la vida; le han oprimido hasta el fondo. La falta de justicia le ha hecho incapaz de justificación: ya ni la quiere ni sabe lo que es» (4).

Un antiguo axioma teológico notaba que la gracia supone la naturaleza (5). Prolongando y tomando en serio este axioma cabría decir: la relación con Dios supone y pide la dignidad de la persona, pues la gracia no suple la naturaleza. Por esta razón los asuntos temporales o seculares también son objeto del quehacer teológico, pues pueden ser tan sagrados como cualquier otro asunto de los considerados religiosos. Las sorpresas que Dios pueda tener reservadas para los marginados y oprimidos de y

(2) Raimon Panikkar: *Paz y desarme cultural*, Sal Terrae, Santander, 1993, 97.

(3) Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe: *Instrucción sobre algunos aspectos de la «Teología de la liberación»*, VI, 3.

(4) *O. c.* en nota 2, p. 99. En esta línea, aunque también en otro contexto, pudiera leerse lo que Tomás de Aquino dice en *Suma de Teología*, I-II, 108, 1, ad 1.

(5) Tomás de Aquino: *Suma de Teología*, I, 8, 1, ad 2.

por la sociedad no disminuyen en absoluto nuestra responsabilidad para con ellos.

Además, si lo que hacemos los hombres en este mundo es ya una figura de la salvación definitiva, cuanto más justicia haya y más arraigados estén los valores verdaderamente humanos, tanto mejor se transparentará la salvación. Así se comprende esta afirmación del Vaticano II: «las victorias del hombre son signo de la grandeza de Dios» (6). Y también esta otra: «El progreso temporal, en cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa en gran medida al reino de Dios» (7). Si la situación humana en el mundo tiene un sentido religioso, la salvación también tiene que ver con el desarrollo del hombre en todas sus dimensiones. La salvación no se agota en la temporalidad, pero tampoco se sitúa fuera de ella: «así en el cielo como en la tierra» (Mt 6, 10); «todo lo que atéis en la tierra quedará atado en el cielo, y todo lo que desatéis en la tierra quedará desatado en el cielo» (Mt 18, 18). La realidad es indivisible: «nadie puede servir a dos señores» (Mt 6, 24).

En la única existencia humana se entretrejen lo terreno y lo divino, lo espiritual y lo corporal, lo eterno y lo temporal. Más aún: lo divino se manifiesta en lo terreno, lo espiritual en lo corporal, lo temporal en lo eterno. Éste es el gran misterio de la Encarnación que se prolonga en todo cristiano, en todo aquel que es y debe ser «otro Cristo»: lo divino se revela siempre en lo humano, no además de lo humano o por encima de lo humano. Esta estructura misteriosa de la encarnación es posible porque hay una relación no dualista entre lo divino y lo humano. En una realidad humana, sin confusión, pero también sin separación, encontramos dos dimensiones que, si bien no pueden confundirse, tampoco pueden separarse. Por eso las realidades religiosas son plenamente humanas y lo verdaderamente humano es plenamente religioso.

La salvación integra todas las dimensiones humanas

CUANDO hablamos de salvación no podemos hacer presentaciones parciales. Es importante presentar una salvación que sea total, integrando todas las dimensiones del ser humano en

(6) *Gaudium et spes*, 34.

(7) *Gaudium et spes*, 39.

un proyecto de felicidad completa y estable. Enumeramos algunas de estas dimensiones que deben integrarse en la salvación (8):

1. *Corporalidad humana, naturaleza y entorno ecológico.* La relación de la persona con su corporalidad y, a través de ella, con la naturaleza y el entorno, es una dimensión constitutiva del ser humano. No hay salvación al margen de este hecho. La actuación de Jesús resulta iluminadora: «pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos» (Hech 10, 38). Sus milagros y curaciones son la manifestación de que el Dios que en Jesús actúa quiere la salvación de todo el hombre, incluida su corporalidad. Este Dios, el Padre del cielo, se ocupa de toda la creación, hasta el punto de que el más pequeño detalle le interesa, incluso la hierba del campo! (cf. Lc 12, 7. 24-28). No es extraño que San Pablo diga que la creación entera está ansiando la liberación (Rm 8, 19-22).

El cuidado del mundo (cf. Gen 2, 15) forma parte del bienestar y la felicidad del hombre. Por esta razón no es bueno ni salvífico el expolio y uso mercantilista de los recursos de la creación. En esto nos jugamos nuestro bienestar presente y el de las futuras generaciones. La naturaleza tiene unos límites que hay que respetar si queremos sobrevivir. También tienen unos límites nuestras fuerzas físicas y psíquicas. Una salvación que no tenga en cuenta la ecología y la corporalidad no es humana.

2. *Ser hombre significa convivir.* La convivencia forma parte de la estructura de la identidad personal. Esto significa que el bienestar y la salvación deben ser universales, accesibles a todos, y no sólo a unos cuantos privilegiados. Por eso la Iglesia cree en la «comunidad de los santos» y espera «el domingo sin ocaso en el que la humanidad entera entrará en el descanso de Dios». La solidaridad, el respeto y el entendimiento entre los seres humanos es una necesidad ineludible para la vida. Hoy nos hemos dado cuenta de a dónde conduce la falta de entendimiento y el fomento del odio y de la enemistad (Ruanda, ex Yugoslavia, etc.).

También aquí la predicación de Jesús resulta iluminadora: hay que amar al enemigo, al que no se lo merece (Mt 5, 44). En primer lugar para ser hijos del Padre celestial (Mt 5, 45). Pero también porque el odio engendra odio, corroe la personalidad ajena, es nefasto para el propio equilibrio personal y para el mantenimiento de la unidad vital. Sólo el amor es capaz de transformar al enemigo en amigo. Amar al enemigo no tiene

(8) La enumeración (no ya tanto los contenidos y su desarrollo) está inspirada en E. Schillebeeckx: *Cristo y los cristianos*, Cristiandad, Madrid, 1983, 716-726.

que ver con efusiones sentimentales. Significa respeto, no devolver mal por mal, no dañar, desear bien y estar dispuestos a hacerlo si la ocasión se presenta. También aquí, como antes sucedía con el cuidado del cuerpo y del ambiente, nos jugamos la propia vida.

3. *Relación con las estructuras sociales e institucionales.* La dimensión social forma parte de nuestra identidad. Las estructuras e instituciones están al servicio de esta dimensión. La convivencia requiere una cierta institucionalización. El peligro que comportan las estructuras es que, una vez creadas, se independicen y aparezcan como inmutables, cuando en realidad nosotros podemos y debemos cambiarlas, siempre que, en vez de liberar al hombre, le opriman y deshumanicen.

4. *Estructura espacio-temporal de la persona.* El hombre tiene un tiempo y necesita un espacio para vivir. Pero su tiempo y su espacio son limitados. La muerte es el exponente límite de esta situación. También los sufrimientos insuperables son consecuencia de su limitación. Todo esto requiere encontrar un sentido a la vida, al sufrimiento y a la muerte. Esta búsqueda de sentido forma parte de su salvación y es elemento humanizador. Ignorar o marginar esta realidad espacio-temporal hace que insensiblemente nos perdamos.

5. *Relación entre teoría y praxis.* Esta es otra dimensión que debe integrarse en todo proyecto de salvación. Los animales se rigen por el instinto y por la ley de la fuerza. Pero si los humanos no queremos que este mundo se convierta en una jungla en la que rija el poder de los fuertes y la razón de la fuerza, debemos guiarnos por la fuerza de la razón, del diálogo y del contraste pacífico de pareceres.

La teoría y la praxis deben interrelacionarse y guardar un mutuo equilibrio. Toda acción requiere una reflexión serena y al mismo tiempo influye en la comprensión de uno mismo. La auténtica teoría tiene en cuenta la experiencia basada en la praxis. Pero la teoría y el pensamiento influyen decisivamente en la praxis. Más aún, el pensamiento es estéril, por hermoso que sea, si no actuamos según él.

6. *Dimensión religiosa y utópica del hombre.* Se trata de expresar así la búsqueda de un futuro bueno y feliz para el hombre, un futuro que da sentido al presente y permite vivirlo aun en medio de las dificultades que puedan surgir. Sin una visión que integre presente y futuro, y ofrezca coherencia y sentido a la vida, el hombre se refugia en situaciones neuróticas, horóscopos, etc. Dios es para los creyentes esta dimensión primera y

última de la vida, lo que significa que la religión es una constante antropológica sin la cual es imposible la salvación y la verdadera liberación.

7. *Síntesis de las seis dimensiones.* Las constantes anteriores forman una síntesis y están mutuamente condicionadas. No es posible prescindir de ninguna de ellas. Por otra parte, tratar de privilegiar una en detrimento de las demás, redundaría también en perjuicio de aquella que se quiere privilegiar. Así, por ejemplo, es legítimo considerar que los valores religiosos tienen una importancia primordial, pero ello no puede ir en detrimento de las implicaciones «materiales» de lo espiritual, pues sería como quitarle las raíces a estos mismos valores espirituales que se quieren destacar.

Un anuncio positivo

EL evangelio de Jesucristo es una buena noticia de salvación. Sería contradictorio presentar una buena noticia de forma alarmante, amenazante o pesimista. En ciertos sectores parece que hoy prima un cierto pesimismo: el mundo es malo y no puede esperarse nada bueno de él. Esta mentalidad olvida que Dios hizo al hombre bien hecho, muy bien hecho (Gen 3, 31) y que, a pesar del pecado, Dios siempre busca la salvación del hombre (cf. Jn 6, 39) y se fía de él. Así se comprende que Dios no permite que se arranque la cizaña, sino que la deja crecer junto con el trigo hasta el tiempo de la siega (cf. Mt 13, 28-30).

La presentación del evangelio como buena noticia llama a la conversión, pero evita las amenazas; ésta es la diferencia entre la predicación de Jesús y la de Juan el Bautista: mientras Jesús sólo anuncia la llegada del reino de Dios, Juan Bautista añade a este anuncio la amenaza de la ira de Dios (Mt 3, 7). También el anuncio salvífico de la Iglesia debe evitar amenazas que no sólo no se pueden comprobar, sino que a veces resultan ridículas, sabiendo valorar, además, lo bueno de este mundo y lo positivo de esta sociedad. Cuando proclama este anuncio, la Iglesia debe ser además respetuosa con otros proyectos de salvación, pues la salvación no se limita ni pasa exclusivamente por el anuncio explícito de Jesucristo. La teología es más amplia que la cristología.

El anuncio de la salvación cristiana debe también ser humilde: todos estamos en búsqueda. También los cristianos. La fe cristiana es una búsqueda, pues anuncia un misterio que nunca es claro del todo. Los cristianos no tenemos soluciones ni respuestas para todo. La humildad no está

reñida con un talante crítico con las instituciones de este mundo (también las eclesiales), pues la fe se dirige a Dios y el Dios de la fe es instancia crítica de cuanto perjudica al ser humano y no responde a la verdad.

Finalmente, el anuncio de la salvación no debe presentarse como producto de una ley, sino como un don que se recibe por gracia. Para los cristianos, la salvación es un don de Dios, que brota de su inmenso amor. Un amor que transforma a la persona y le permite nacer de nuevo. Para quien acoge este don, la vida se llena de sentido y, por eso, puede vivir sin miedo a la vida y sin miedo a la muerte.